

AL CAER LA NOCHE: 9 CUENTOS DE MISTERIO Y TERROR



Cuentos del taller virtual de Literatura de Terror
dirigido por Cecilia Zero

AL CAER LA NOCHE: 9 CUENTOS DE MISTERIO Y TERROR

Cuentos del taller virtual de Literatura de Terror
dirigido por Cecilia Zero

Serie
TALLERES VIRTUALES

Primera edición virtual, FCE, Perú, noviembre 2020

Distribución mundial

© 2020, Ana Isabel Fiafilio
© 2020, Carlos Gabrielli
© 2020, Elsa Soldevilla
© 2020, Jara Desmond
© 2020, Luis Xavier Prad
© 2020, Mashiel Alina Huaripuma Loza
© 2020, Miguel Zea
© 2020, Norman Alastor
© 2020, Renzo L.

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica del Perú S. A.
Berlín, 238; Miraflores, Lima 18
www.fceperu.com.pe

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Compilador: Cecilia Zero
Producción: Productora Odiseo
Diseño y diagramación: María Adelaida Turpo Córdova
Corrección de estilo: Martín Barrera Tello
Ilustración de portada: © María Adelaida Turpo Córdova

ISBN: 978-612-4395-20-8
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-00710

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluso el diseño tipográfico y de portada-, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos .

Índice

Presentación.....8
Prólogo.....9

Ana Isabel Fiafilio
Inalcanzable.....11

Carlos Gabrielli
La cita.....17

Elsa Soldevilla
Gusano.....24

Jara Desmond
El gran mar abierto.....30

Luis Xavier Prad
Reivax.....37

Mashiel Alina Huaripuma Loza
El pueblo del pecado.....44

Miguel Zea
Lilith.....50

Norman Alastor
Experiencia irreversible 56

Renzo L.
El saludo 61

CECILIA ZERO

Había terminado la secundaria y, con solo 16 años, escribió su primer libro *Perras Memorias* (2002), una autobiografía escolar. Tal fue el éxito en ventas que consiguió a inicios de su carrera que fue distinguida por los medios como 'la escritora más joven del circuito literario peruano'.

Luego publicaría una segunda obra titulada *La Reina del Chat* (2005), que cuenta la historia de unas jóvenes que buscan su independencia y los peligros de hacer amigos en internet.

En paralelo, Zero desarrolló su faceta como cantante lanzando un CD alusivo a su primer libro Perras memorias y ganando concursos locales con su banda de rock que sonaron en programas de rock nacional. En el 2004, participó en el CD *Caleta Finale* y, en el 2007, participó en el CD tributo a César Vallejo *Los pasos lejanos*, con la canción Ágape.

Como actriz ha actuado en los cortos *Cantando en zapatillas* (2010) y *Los tres deseos* (2013); en el programa *Sucedió en el Perú* (Sarita Colonia) (2013); la película *Fechoría en San Genaro* (2017) y diversos comerciales de televisión.

En el 2015, publicó su tercer libro *Plastilina Rock* (Editorial Arsam - Plan lector para colegios) y el álbum musical del mismo nombre en diversas plataformas digitales. También, se desempeñó como reportera de eventos culturales en la revista de cultura alternativa Dosis y en la locución del programa radial Biznes de la radio Sargento Pimienta.

En el 2017, presentó el videoclip de su nueva canción Quiero Verte y firmó contratos con tres editoriales para diversos catálogos del Plan Lector.

Editorial Arsam le dio un contrato por tres libros, la segunda parte de la saga Plastilina Rock y dos libros más de corte juvenil para su catálogo de Plan Lector.

La editorial española SM publicó el cuarto libro de Cecilia Zero, *Chica Cafeína*, en la feria del libro Ricardo Palma 2017.

En el 2018, Editorial Bizarro publicó el libro *El club de las historias espeluznantes*, y el cuento La Magia de Lucy de Cecilia Zero formó parte de una antología de cuentos infantiles editado por la Municipalidad de Lima. 40 mil libros en formato físico fueron donados a distintas bibliotecas del país y el formato digital estuvo disponible para ser descargados en las estaciones del Metropolitano.

En enero del 2020, publicó *La Doctora Colmillitos y el bosque de los monstruos* con la editorial SM Perú.

La autora realiza constantes visitas a sus lectores para incentivar la lectura en las aulas de diversos colegios.

Cecilia Zero es Licenciada en Administración de empresas (Universidad Ricardo Palma). Actualmente, estudia una Maestría en Periodismo (Universidad San Martín de Porres).

Presentación

Promover la literatura y la cultura es la razón de ser del Fondo de Cultura Económica, y más aún en tiempo difíciles como los que estamos pasando por la pandemia de la COVID-19. Hoy nos renovamos en todas nuestras actividades de promoción de la cultura.

El presente libro es producto de los talleres virtuales organizados por el Fondo de Cultura Económica, espacios de encuentro de escritores de renombre con personas que desean explorar sobre la creación literaria en sus distintos géneros. Los textos publicados en este libro virtual pertenecen a los alumnos de los talleres, quienes nos acompañaron en sesiones virtuales donde además de aprender, fueron trabajando sus textos con la guía de nuestros escritores. El Fondo de Cultura Económica se complace en presentar este libro virtual de descarga gratuita en medio de una pandemia, como símbolo de la resistencia cultural y del amor por la literatura. Además de presentar con entusiasmo a estos nuevos autores en la escena literaria.

Gustavo Rodríguez Elizarrarás
Director Fondo de Cultura Económica Perú

Prólogo

El origen de la literatura de terror se puede encontrar en las antiguas leyendas cuando los hombres trataban de dar explicación a los fenómenos que no comprendían. Sin embargo, los miedos han evolucionado con la tecnología y el estilo de vida de nuestra época, lo cual ha influido en el desarrollo de la literatura de terror.

Durante muchos años he leído y estudiado libros de diversos autores de terror clásico y contemporáneo. La literatura de terror es una de mis pasiones. Por eso fue muy grato cuando me invitaron a dictar el taller en el Fondo de Cultura Económica del Perú.

Nunca pensé que enseñaría literatura de terror durante una pandemia mundial pero ha sido una experiencia increíble.

Disfruté mucho la elaboración y el desarrollo del sílabo, así como la exposición y análisis de los temas en cada clase.

Mis alumnos, un grupo de chicos muy talentosos, enriquecieron las clases con su participación, además me sorprendieron gratamente con relatos muy bien trabajados.

Ha sido un honor haberles transmitido mis conocimientos y espero que continúen escribiendo y publicando.

Agradezco al Fondo de Cultura Económica del Perú y a mis alumnos por esta magnífica experiencia.

Cecilia Zero

Inalcanzable

Ana Isabel Fiafilio

Eran momentos de llantos y tristezas, donde las familias se alejaban de sus ancestros para cruzar las grandes fronteras, llegar a un lugar con esperanza, y crear un futuro para sus seres queridos, desde cambiar sus nombres originarios y ser aceptados en una nación que durante mucho tiempo los mantuvieron escondidos. Es así como nació Hiruko, proveniente de una familia de Osaka, y el último niño navegante. Se dice que nació mientras la oscuridad atravesaba su último viaje, en un barco perdido en medio de altamar, donde solo soportaba los vaivenes del viento y las lluvias torrentosas, pero ¡ay quien sobreviva!, pues cada día desaparecía un navegante. ¿Será que recordaban cuál iba a ser su destino?, o solo esperaban la calma para abrir los ojos y encontrar esa paz efímera. Y fue aquella noche donde desapareció más de la cuarta parte de los navegantes, quienes desmayaban en ese intento de vivir. Nadie sabía por qué desaparecían y muchos decían que se trataba de Susanoo.

Pasaron varios meses desde el nacimiento de Hiruko, él era un niño calmado, acostumbraba asomarse por el lado más cercano al mar, admiraba los atardeceres, era como encontrarse con su propia naturaleza, pues había aprendido a caminar incluso más rápido que los otros hijos de los navegantes, y aunque ellos lo veían como un alma solitaria, muchos se preguntaban dónde estaban sus padres, y decidieron cuidarlo en comunidad hasta que pudiese hablar bien, ya que las únicas palabras que decía era "Olochi", y fue desde ese entonces que le pusieron Hiruko Olochi, un nombre muy curioso para ellos, incluso se jactaban de su horrible pronunciación, y entre tantas burlas de los navegantes, se escuchó una voz que decía ¡Este niño nunca aprenderá hablar!

Hubo una persona que se le ocurrió enseñarle a leer, era un hombre, este hombre no revelaría su verdadero nombre hasta que el niño cumpliera ocho años, y donde cada año tenía que enseñarle muchas lecciones de vida, desde los más ilustres y eruditos personajes ancestrales, medicinas tradicionales, hasta las cosas más inexplicables como el amor. A los siete años, Hiruko sabía todas las técnicas de defensa, por si algún navegante quería sobrepasarse con él o con su maestro, y entre

tantos inciertos, los navegantes decidieron hacer una parada en un lugar muy cercano al mar, pues lo vieron como un hecho importante de adaptación antes de su destino final, pero muy temerosos ellos, mandaron a los más débiles, aquellos que no se metían en problemas, que no hacían labores rudas y los que solo trabajaban en su yo interior. Se dice que los primeros en bajar a tierra fueron Hiruko y su maestro, empujándose uno al otro mientras que en el barco se escuchaban gritos, llantos, carcajadas y nuevamente se escuchó una voz que decía ¿Dónde están los…? Hasta que todos guardaron silencio y entre las ramas salía una niña diciendo ¿Quiénes son ustedes? Era un poco extraño ver a la dulce niña pues tenía una vestimenta muy peculiar totalmente diferente a los navegantes. A Hiruko le causó curiosidad, pues mostraba una actitud dominante y empoderada, libre de tomar decisiones y símbolo de protección a su comunidad.

Ella era Iza, una persona muy hábil para su edad e identificada con sus ancestros, y es así que mientras él caminaba y se acercaba más a tierra, ella lo detuvo, y mencionó una frase que determinó su destino: “la reverencia hacia la nueva comunidad”. Mientras con ojos temerosos la miró, y

sintió a su alrededor como las hojas se movían incesantes, con vientos que hasta lo hicieron flotar. ¡Detente!¡ Detente!, gritó ella pues era un mensaje que le daban sus ancestros.

A partir de ese momento, Hiruko comenzó a sentirse extraño, con pulsos acelerados e imágenes borrosas que pasaban por su mente. Ella solo veía sombras muy extrañas, gigantes, y tenebrosas, pararon un instante en medio de la jungla, y Hiruko dijo: han vuelto recuerdos a mi mente ¿Por qué siento tanto rencor?, ¿a caso he cometido tanta maldad? ¿Por qué he vivido tanto tiempo con los navegantes? ¿Qué son ellos de mí?

Preguntas y más preguntas pasaban por su mente. Una crisis que no identificaba su propio ser… Izaaa… Izaa se escuchaba como un susurro, como si el viento pronunciara su culpabilidad. Ella dijo, yo sé quién eres, te vi venir hace ocho años, y es momento de que muestres tu verdadera identidad o prefieres ver morir a tu maestro y a los navegantes.

Hiruko aún confundido dijo: ¡no! Dime qué quieres y déjame seguir mi destino.

Y así pasaron varias horas mientras ella recorría todos los espacios inundados en la jungla, mirándolo con una sonrisa vengativa: ¡Has perdido Hiruko!, desde el momento que entraste a esta tierra desconocida, porque todo aquel que entre aquí libera su alma. A partir de ahora tendrás que elegir entre tu alma o el alma de tu maestro y la de los navegantes. He esperado durante ocho años para ver al verdadero Hiruko Orochi, ¿prefieres que ellos vean quien eres en realidad? Porque igual estarán muertos. Los destruirás, y no sentirás lástima.

Ante terribles vaivenes de la vida él decidió entregar su alma, aquella alma que se quedó para siempre con Izza.

Hiruko, sin darse cuenta poco a poco se fue convirtiendo en ese ser tenebroso y malo que luchó durante mucho tiempo para apoderarse de los demás débiles, ¡un monstruo de ocho cabezas y ocho colas!

Y ante la espera de los navegantes decidieron regresar alta mar, y continuar con su destino. Solo recuerdan aquel niño valiente que les enseñó a ser pacientes, y que mientras más calmado se encontrasen los navegantes más se alejaban del castigo de Susanoo. Hiruko solo mantenía el equilibrio

entre su verdadero yo y Susanoo. Nunca nadie se explicó por qué desaparecían los navegantes, ¿fue por qué temían al mar?, o fueron víctimas entre guerra de dioses y monstruos, ¿o la lucha constante de ser la criatura mítica más imponente en el universo?

La cita

Carlos Gabrielli

Con un celular y la aplicación correcta la tecnología puede hallar a la persona ideal para ti. ¿Qué puede salir mal?

Esto pensó Ana cuando su amiga le habló de esta aplicación, Ana era una chica simple, con un rostro siempre con una sonrisa gentil. Aun pese a ser muy bella Ana tenía dificultad para encontrar pareja por los medios usuales.

Mira —dijo la mejor amiga de Ana— solo respondes estas simples preguntas y la aplicación te da como respuesta a tu pareja ideal. Las amigas soltaron unas risitas mientras la aplicación procesaba los datos hasta dar como pareja a un usuario llamado Nicolás. —Ahora programamos tu cita para mañana en la plaza al anochecer, y ahora a prepararte amiga.

Con la emoción dominando toda su persona, Ana lucubraba sobre la cita que tendría y sobre el muchacho con el que se encontraría. ¿Sería

lindo?, ¿daría miedo?, ¿todo iría bien?, esas y otras preguntas rondaron su mente como polillas un foco mientras se preparaba.

Pasaron la cita caminando por el centro comercial, observando las vitrinas iluminadas de las tiendas. Nicolás era un chico alto de cabello negro pegado al cráneo, ojos oscuros y difíciles de leer detrás de sus lentes, parecía ser muy risueño y encantador, sabía dar respuesta a cada situación que presentaba Ana, era sutil al encaminar la conversación hacia temas que él quería tratar donde demostraba sus conocimientos. Le contó que su familia tenía algo de ingleses pues hace mucho tiempo un antepasado suyo había estado apostado en la India pero que las peripecias de la vida habían llevado a su familia a nuestro país, lo cual era una bendición pues de lo contrario nunca me hubiera conocido. Siempre cortés y atento dirigió la velada a voluntad. La cita iba perfecta y fue una completa sorpresa cuando Nicolás le preguntó, algo sonrojado, si le gustaría pasar por su casa.

Ana, sorprendida, le contesto que sí. Tomaron un taxi donde pasaron el viaje en un cortés silencio y con un claro rubor en sus mejillas hasta llegar a una fila de puertas de varios negocios. Nicolás le

avisó al taxista que se detuviera. La ayudó a salir del auto, sacó un llavero y señaló una puerta a la que se dirigieron.

La casa, decorada con esmero y dedicación tenía un ambiente atestado pero solemne apenas visible por la mortecina luz que despedían los focos antiguos, donde se mirara no se encontraba rastro de polvo, lo único que molestaba a Ana realmente era que la casa estaba sobre una funeraria, aunque Nicolás ya le había explicado que él trabajaba en eso. Se observaba en cada esquina que Nicolás había hecho de ese lugar una copia de su estilo de vida. Él explicó que al trabajar con la muerte a menudo le gustaba hacer de su casa un lugar donde cada cosa fuera una parte importante de su vida. Bellos figurines decoraban aquí y allá las estancias, en las muchas vidrieras y en cada una de las estanterías. Los muros de una tonalidad de azul oscuro, el techo blanco como la nieve y los suelos de un color tan negro como el carbón haciendo juego con los muebles de idéntico color, daba una gran sensación de duelo dentro de esas estancias.

Ana se sentó en el mullido sofá que ocupaba el poco espacio libre de la sala preguntándose si el olor a formaldehido venía del piso inferior y si eso

sería un problema para la cita, además de poner en duda el acierto de la aplicación al haberle dado tan peculiar personaje. Nicolás la dejó un momento para ir al baño. Ana sintió que era la señal para echar una mirada. Trató de ver con más esmero la estancia por si hubiese algo que le pudiera dar una advertencia sobre el encantador sujeto que acababa de conocer y estuvo segura de encontrarla.

Allí en una mesa pequeña, junto a la ventana cerrada por cortinas negras, había una especie de altar. Sin embargo, no se apreciaban imágenes religiosas ni libros sagrados, sino estaba repleto de muñecas. Eran unas encantadoras muñecas con bellos y finos acabados que observaban la estancia. Estas muñecas eran de todo menos normales, tenían cuerpos de porcelana y vestían trajes hechos a la medida con nombres cocidos. Al parecer fueron confeccionadas a mano con mucho esmero, pero lo más inquietante eran sus rostros pues estaban vacíos y tenían pegados retazos de fotografías que ocupaban la faz de las muñecas.

Podía contar más de media docena de ellas, Ana tomó una muñeca para observarla mejor y le asustó ver como la cabeza se separaba del cuerpo. Cuando creyó haberla roto, descubrió que dentro

de la muñeca había una especie de arena. Echando la vista hacia atrás con cierto nerviosismo para ver si tenía tiempo de curiosear introdujo un dedo y sintió que tocaba una especie de polvo con piedrecillas irregulares que desprendía un extraño aroma a fósforo quemado, trató de sacar con el dedo un poco de aquello y se estremeció. Eran cenizas y restos de hueso.

Ana cogió sus cosas y estaba a punto de salir cuando Nicolás entró en la habitación. Su rostro denotó sorpresa por encontrarla así de nerviosa. Trató de tranquilizarla preguntándole qué la había asustado, a lo que ella respondió que había recordado que tenía una urgencia y debía regresar a su casa. Nicolás, muy cortés, se dirigió a la puerta y estaba abriéndola cuando algo llamó su atención. El sonido de la porcelana rodando, volteó y observó la cabeza de una de las muñecas rodando lentamente sobre la pequeña mesa. Observó el rostro crispado de Ana y con gran parsimonia le cogió la mano contemplando así su dedo todavía sucio de ceniza.

La intensidad de la escena solo podía empeorar con la lividez que invadía el rostro de Nicolás. Él no le soltaba la mano a la pobre muchacha,

observaba de manera enfermiza el dedo de la asustada Ana. Con la esperanza de tranquilizarlo le explicó, con una voz quebrada, que una de las muñecas estaba casi al borde de la mesa y pareció estar a punto de caerse. Ella solo quiso ponerla en un lugar más seguro pero que al hacerlo la cabeza de la muñeca se abrió y que ella solo trató de colocar la cabeza de nuevo en su lugar.

Nicolás pareció recuperar la compostura y soltándola le dijo que había maltratado a su hermano que acababa de morir, pues él solo seguía con las tradiciones de su familia.

"Son muñecas mortuorias las que colecciono —dijo Nicolás—, se solían hacer durante el siglo XVIII en la India británica. Cuando muere un familiar, alguien era cremado vivo para honrarle y viajar con él al otro lado, entonces las cenizas de las dos personas, difunto y ofrenda, son guardadas en un recipiente con forma de muñeca. La familia le cose ropa a mano con el nombre del fallecido bordado en letras carmesí y se le pinta el rostro del difunto, solo que con la tecnología ahora recorto el rostro de alguna foto para adherirlo a su lugar en el rostro de la muñeca. Aquí están, entre otros familiares más antiguos, mis cuatro abuelos, mis padres, tíos y mi hermano".

Ana observó los ojos de Nicolás esperando que dijera que era una broma. Pero al verlo tan serio y solemne, Ana rodó su mirada pasando por los rostros de las muñecas; simplemente balbuceó incoherencias y acercándose a la puerta, salió a toda prisa de aquel ambiente tan oscuro y lúgubre dejando atrás al joven y su perturbadora colección. Llegó a casa, se encerró en su alcoba, llamó a su amiga para contarle su experiencia.

Entonces Nicolás —dijo el primo de este— ¿Echaste a perder otra cita? —Es triste— dijo Nicolás— pero ¿cómo puedo estar con quién no quiere entender la importancia de las tradiciones?

Gusano

Elsa Soldevilla

El universo que visualizo todos los días en mi interior es negro. No de una textura latente, como si algo aguardara en las sombras, sino llana, que me arrulla en su seno. Tiene también una escala particular de las cosas bellas, un componente que lo hace todo más especial, no humano, perfecto en su esencia. Nada que ver con aquello que veo al abrir mis ojos. A esto, le llaman idealización. Yo tengo mis dudas, porque cuando cae la noche todo empieza a parecerse más a ese universo. La realidad cobra sentido al acercarse al mundo de las pesadillas: al fundirse, resulta embriagador quedarse bajo ese filtro que todo lo sosiega, irónicamente, reavivándolo y dotándolo de realce. Los miedos también se revisten de estos componentes vivificantes y son entonces más cercanos, más terribles. Dichos cambios entre el día y la noche, siempre me *atraparon* e hicieron que me sintiera afortunada, por entender a cabalidad el mundo en sombras que todos parecían rehuir.

Así fue hasta que un día la luz eléctrica dejó de funcionar en casa. En el campo y en la ciudad viví situaciones similares antes, donde la luz no rompe la creciente oscuridad que te vigila. No era algo del otro mundo y me fascinaba lo mismo que me saturaba de nervios. La diferencia estaba en que esta vez la oscuridad parecía avanzar hacia mí en medio de aquellas sombras completas. Me vi dominada por el pánico, buscando el calor de la mutua compañía como consuelo al incremento de esa desesperación.

Era como si de pronto el regalo más hermoso de todos hubiera abierto la caja de su encierro, rompiendo las reglas. Por supuesto, no creí que eso que percibía tan habitual, sosegándome, hubiera evolucionado hasta tornarse fatídico pero mis sentidos se rebelaban: no había en ello nada de seductor, nada de belleza ni repentinos acertijos. Sólo la oscuridad pura, brutal y neutra. Nada para demostrarme que podía razonar con ella o que tenía alguna personalidad. Todo era silencio y aquella textura desagradable que avanzaba por los rincones, consumiendo.

Algo febril y acuciante me invadió, algo que ahora no poseo. No estoy segura de extrañarlo. Sólo sé que lo descubrí a la par de la llegada de la genuina soledad y, quizá, de no haber sido por esa certeza, la serie de eventos que sobrevinieron no habría tenido lugar.

Sucedió que, cuando ya todos se habían retirado a dormir, me puse a vagabundear por internet, buscando hacer menos acuciante el deseo de la llegada de la mañana. Los sonidos de la noche remitían a medida que la concentración se dispersaba y la evidente ansiedad era sedada. Fue en medio de esa búsqueda de distracción, en medio de muchas páginas, que encontré una ventana vacía.

Sí, vacía. No simplemente una pestaña donde no se hubiese escrito nada. Era un vacío que poseía la misma textura de mis sueños «Oh, benditas alucinaciones, estoy volviéndome loca…». Ese fue mi primer pensamiento. Quizá, de no ser porque la condenada máquina era medio inservible, habría conseguido cerrarla a tiempo, antes de que la burbuja saltara. Una simple conversación, que rezaba en letras amarillas: ¿Eres tú Mr. Deeply?

Me quedé pasmada viendo la pantalla, sin estar segura de qué hacer a continuación. Sabía qué encarnaba ese nombre pero el eco de su significado no traía nada a mi cerebro. Por eso no pude explicar la repentina curiosidad, cosida con pánico, que me mantuvo mirando los tres puntos que se movían en la parte inferior de la pestaña, indicándome que la persona, donde fuera que se encontrara, estaba escribiendo de nuevo. Nuevamente, las palabras aparecieron en inglés y mi mente no tardó en traducirlas: ¿Eres tú Mr. Deeply?

El miedo redobló, no así la curiosidad que, ni aumentada ni disminuida, buscó darle significados ingeniosos a cuanto sucedía. Poco a poco los deseché todos. Al fin pensé «¡Un virus!» Y mi mano, rauda, cerró la ventana entera, con el miedo infantil de haber arruinado el cacharro. Ah, solucionado. Invertí los siguientes minutos en hacer un análisis rápido y finalmente me resigné a distraerme con alguna otra cosa mientras efectuaba un análisis de arranque para estar segura. Malditas páginas extrañas, que llamaban la atención con ridiculeces. Mientras se analizara, bajaría a ver televisión.

La encendí con apenas volumen y el sopor me invadió enseguida. Instalada en el sillón, con una manta para olvidar que moría de frío, no encontré distractor alguno, solo programas idiotas. Deseaba olvidarlo pero el hecho de no conseguir interesarme en cuanto veía hacía que me quedara en blanco por momentos. Un sentimiento de añoranza, flotando en mi pecho como si algo se hubiera resquebrajado allí dentro.

¿Qué había estado soñando?

En la pantalla, los protagonistas de la película se miraban fijamente a los ojos. Clavé la vista esperando que algo pasara entre ambos pero entonces la sosa muchacha protagonista, le preguntó al hombre guapo y fuerte, que sin motivo verdaderamente justificable se había fijado en ella, con voz clara y casi musical: ¿Eres tú Mr. Deeply?

Apagué el televisor al instante, sintiéndome acorralada. No me importaba ya, hacer ruido y despertarlos a todos. Subí las escaleras hacia mi habitación y allí, titilando en la pantalla, con letras blancas sobre un azul impactante, al viejo estilo de análisis del antivirus, estaba el mensaje: "virus detectado ¿desea eliminar?" Y claro, tenía que

hacerlo antes de intentar dormir o de otro modo el análisis no avanzaría. Me senté, aún temblando, para presionar el número. Uno, para borrar, dos para guardar en el baúl de virus, tres para no hacer nada. Un archivo, alojado en la carpeta win32, C: System/win32/Mr.Deeply.

Aún ahora, no entiendo por qué no grité. Creo, aunque mis memorias son vagas, que simplemente algo en mi mente hizo corto circuito. Apenas reaccioné, todavía de madrugada y cubierta de lágrimas, corrí con mi hermana; soltaba junto a ella, todavía medio dormida, balbuceos ininteligibles de miedo y pánico, ante un virus que se había introducido en mi cabeza: un virus llamado Mr. Deeply.

El gran mar abierto

Jara Desmond

La puerta se cerró.

Victoria "Billie" Torres se encontraba abriendo las cajas con sus pertenencias, había dejado abierta la ventana y los vientos fríos del mar entraban con violencia a la habitación.

—¿Todo bien? —gritó la voz de su padre.

—Sí, ha sido el viento que cerró la puerta. —respondió de la misma manera. Tenían que gritar al hablar, aquellas largas paredes acostumbraban ahogar sus voces.

Había transcurrido una semana desde que se mudaron a la vieja y grande casa con vista al mar. De dos pisos y grisácea, era una belleza, con sus cercos blancos y pisos de madera. Su madre decía que le recordaba a las casas victorianas de su país natal.

Sacó lo último que había en la caja; un pequeño barco que ella misma diseñó y armó, «Es un bergantín» le había dicho a sus padres cuando le preguntaron que era. Lo colocó en su escritorio

cerca a la ventana, con el mar teñido de rojo por el atardecer. El sonido de las olas le hacía rememorar sus sueños; puertos de épocas distantes, majestuosos barcos y ella, abordando uno de estos para hacerse a la mar.

El sonido de las olas le surgió otro sentimiento, miedo.

El sol ocultándose, el gran mar abierto de tono escarlata. El terror a algo (¿o alguien?) la asaltaron completamente, como una punta afilada en su nuca. «Algo va a ocurrir» «Pero estoy en casa, no hay nada que me pueda hacer daño»

Billie cerró la ventana de una vez por todas.

Le dio una observada a su habitación; un librero lleno de libros a medio leer apoyado a una pared blanca polvorienta, una cama azul, una puerta y piso color caoba. Todo estaba en orden, no había nada de que preocuparse, su miedo irracional se esfumó.

Se sentó en su cama, no tenía nada que hacer. Eran vacaciones de mitad de año y tenía todo el tiempo del mundo, decidió que bajaría a la sala de estar para ver una película.

El pasillo que llevaba a las escaleras se tornaba oscuro en las tardes (en las noches era una oscuridad total), la única fuente de luz era la del primer piso que se asomaba débilmente al final del pasillo. Las escaleras producían un gemido lastimero cada vez que pisaban sus escalones.

—*Hey*, justo te iba a buscar a tu habitación —Le dijo su madre en el primer escalón. Su voz, a pesar de llevar varios años viviendo en suelo peruano, todavía presentaba su acento británico—. ¿Estás segura que quieres quedarte sola? Tu padre y yo no volveremos hasta...

—No te preocupes, sé cuidarme sola.

—Lo sé, aun así, cierra con llave todas las puertas y si sucede algo no dudes en llamarme —le desordenó su corto cabello ondulado—. Cuídate, te queremos.

Su madre le dedicó una sonrisa, su padre estaba esperando afuera. Billie la observó irse, el auto encendiéndose sofocó el sonido del mar por unos segundos.

Un ambiente frío se apoderó de la casa. «Habrá entrado aire por la puerta que estaba abierta», pensó mientras se echaba en el sofá y esperaba que cargase la película.

La película terminó hace un rato, era la adaptación de un libro que jamás había escuchado. No le había prestado mucha atención, la oscuridad a su alrededor la distraía. El frío no se iba, estaba por todas partes, y al subir hacia su habitación... ¿Por qué sentía que alguien la observaba?

«La oscuridad te envuelve como si hubieras saltado al océano, ¿no es así?»

Ya bajo las sábanas de su cama, Billie empezó a soñar. Cerró los ojos, los volvió a abrir y ya estaba en otro lugar. Era el mismo barco de siempre, de eso estaba segura, pero no estaba en la cubierta.

«*El capitán ha perdido la cabeza, dice que Dios le advirtió en sueños que su tripulación se irá en su contra*» «*La paranoia lo ha invadido, no confía en nadie*» Dos voces diferentes hablaron, pero en aquella bodega oscura no había nadie más que ella.

Miró hacia delante, una luz tenue se asomaba por la puerta semiabierta.

Algo cayó en su frente, un oscuro líquido espeso. Billie corrió hacia la puerta, tambaleándose al subir las escaleras. Afuera en la cubierta el paisaje era desolador; el barco se balanceaba por las fuerzas de un mar endemoniado, un mar del color de la sangre.

¿Dónde estaban todos?

Jadeando, miró atrás suyo. No estaba sola.

Trató de gritar, pero no pudo, estaba viendo la escena de una masacre; cuerpos ensangrentados, mutilados, todos con miradas grotescas que suplicaban ayuda.

Y en el centro de aquel macabro escenario, un hombre de espaldas cargando un hacha.

—¡Váyanse todos al infierno! Trataron de arrebatarme mi barco, *¡pero fui yo quien arrebató sus vidas, malditos rufianes!*

La risa de aquel hombre, su capitán, la llenaba de un horror indescriptible que se apoderaba de cada parte de su ser. «*Correhuyesaldeahí*» «*¡Pero esto no es real! ¡Esto es solo un mal sueño!*» «*¡Huye!*»

—¡Billy Thompson! —El capitán ahora le estaba mirando, con sus ojos desorbitados y rostro lleno de sangre. Estaba poseído totalmente por la locura—. ¿O debería llamarte Victoria? ¿Creíste que jamás nos volveríamos a encontrar?

El capitán se abalanzó sobre ella con el hacha en alto. Billie corrió hacia la borda lo más rápido que pudo, su corazón palpitando desesperadamente, su única salida era aquel gran mar abierto.

El hacha estaba cerca de su nuca.

—*¡Te perseguiré hasta el final de los tiempos!*

El dolor la invadió, Billie abrió lentamente los ojos.

Estaba en el piso de su habitación; temblando, con su cuello adolorido y empapada de sudor. De la ventana abierta entraban vientos gélidos.

—Solo ha sido una pesadilla.

Aún con la respiración entrecortada y su mente dando vueltas, alzó la mirada hacía la puerta abierta.

En la oscuridad del pasillo; distinguió una forma sosteniendo algo, unos ojos inyectados de sangre y desorbitados, observándola.

El ruido del mar ahogó sus gritos.

Reivax

Luis Xavier Prad

Vergüenza. Eso es lo que soy. Una gran decepción. Mi familia se siente avergonzada de mí. Tal vez porque soy un chico raro que siempre se mete en problemas. A lo mejor porque no tengo amigos y disfruto más estando solo. O quizás, porque los desastres que ocasiono siempre los terminan involucrando.

Soy la oveja negra. Siempre lo fui. Por ejemplo, hace unos meses nos mudamos de casa por un pleito colosal que tuve con unos vecinos. El asunto fue tan grave que incluso llegó a la agresión física. Al cambiar de domicilio esperaba encontrar nuevos aires en mi vida. ¡Error! Todo se complicó aún más.

Desde hace unos meses mi familia sufre pesadillas por las noches. Inició con mi hermana, luego mi mamá, hasta mi padre se vio afectado por tal peculiaridad. Un día encontramos una gallina muerta con una cruz en la puerta de la casa. Todos atribuyeron los malos sueños a un acto de brujería y procedieron a echar agua bendita.

Yo soy escéptico a esas cosas y llegando la noche a modo de desafío pronuncié lo que se convertiría en mi calvario.

—¿Hoy vendrás por mí?

Ese fue el inicio de mi tortura. Cada noche sufro terribles pesadillas en donde un ser siniestro me persigue. Ya ni siquiera consigo dormir en mi habitación. Lo hago en el sofá de la sala, con las luces encendidas. Despierto dando fuertes gritos de terror. Mi familia cree que estoy enloqueciendo, incluso me han llevado con el psicólogo de mi escuela.

No puedo avanzar, tampoco moverme. Es como si estuviera atrapado en un instante eterno, en un bucle atemporal. Todo a mi alrededor comienza a distorsionarse y el ambiente se vuelve pesado. Surge un intenso calor, como si mi cuerpo fuera abrazado por las más letales llamas del infierno, sin embargo, en mi espalda percibo un gélido frío. Un vacío infinito se alberga en mi estómago. Tiemblo al reconocer lo que ocurre, y lo que está por suceder. De pronto siento que caigo, me hundo en mi cama, el fuego es cada vez mayor. Desciendo a un lugar siniestro, a las profundidades

del mismo Hades, donde mora toda la maldad, donde me encuentro más vulnerable. Él me está esperando.

Despierto de un sobresalto, el sudor se desliza por mi frente. Tiemblo, siento que aún puede estar ahí, pero no, ahora estoy despierto, estoy a salvo de su presencia, por lo menos por ahora. Enciendo mi celular, escucho música, veo una película, no quiero dormir, por favor, no me dejen dormir. He visto muchas veces su rostro, pero siempre es distinto, la maldad tiene muchas caras, y su verdadera identidad yo no la conozco. Pero sí le he escuchado decir su nombre.

Se hace llamar Reivax, es un espectro, una sombra, el mal encarnado. Se alimenta del temor. Pero alcanza su máximo poder si se le mira a los ojos. Estas verdades me fueron reveladas por él mismo. Habla conmigo mientras duermo. Ataca mi subconsciente. Me facilita esta información a modo de reto, porque quiere que yo lo enfrente. He llegado a pensar que si lo confronto podría lograr que se marche de una vez por todas.



¿Pero cómo vencerlo? Él es un ser gestado en las tinieblas, un monstruo, un ser demoníaco. Yo solo soy un niño, y ni siquiera muy fuerte. Él tiene toda la ventaja... ¿O tal vez no? Él tendría la ventaja en el mundo real donde solo soy un infante, pero en los sueños la realidad es diferente, si tomo conciencia de que estoy soñando tal vez pueda distorsionar el entorno a mi conveniencia. En el mundo de los sueños, yo podría ser más poderoso que él.

Esa noche fui a dormir lleno de esperanzas, me autosugestioné en que yo tenía el control, y que está vez lo enfrentaría de igual a igual. El ambiente se volvió pesado, un frío intenso se adentró en mi cama, descendí a los avernos para tener mi más grande victoria o por el contrario mi más aplastante derrota. Todo dependería de mi mente.

—Bienvenido, Xavier, te estaba esperando, esta es tu última oportunidad para vencerme... he esperado un largo tiempo por este día...

—Tus maldades... — intenté decir, pero me temblaba la voz... -Tus maldades acabarán hoy...

—¿Estás seguro de tus palabras, pequeño niño? Mira bien, y repítelo, si tienes el valor.

Cada uno de mis familiares se encontraban prisioneros, atados por cadenas negras, tan oscuras como el alma de su captor y a escasos centímetros de sus pies había un lago de fuego.

—No puedes vencerme, no puedes escapar de mí, ni tú ni tu familia pueden derrotarme.

—Te equivocas, yo sí puedo — Intenté cobrar valor y recordar que esto era un sueño —Yo puedo derrotarte porque en este mundo soy...

Quería atacarlo, imaginar una espada mágica, poderosa, un haz de luz místico que acabara con su vida, pero fue entonces que pude ver más allá de su máscara de maldad. Estaba llorando, Reivax lloraba de manera sincera.

Fue ahí cuando comprendí todo, no debía pelear contra él, lo que tenía que hacer era entenderlo, porque mi más grande enemigo soy yo mismo. Él era cada miedo en mi interior, cada sentimiento de culpa. La falta de perdón a mí familia por no

valorarme. Porque aún de niños nuestros corazones son lastimados y una herida sin sanar es veneno para el alma.

Mi subconsciente no me atormentaba con un monstruo ajeno, el mal no está afuera, sino dentro de mí. Mi mente me estaba revelando lo que yo mismo necesitaba sanar.

Lo miré blandamente a los ojos, ya no le temía, él perdió su poder, y su imagen se desvaneció en el aire. Las cadenas cayeron como un gigante derrotado, no por el valor sino por haber hecho las paces conmigo mismo.

Fue libre mi familia, fui libre yo también. El fuego desapareció.

—Te perdono Reivax, te perdono Xavier...

El pueblo del pecado

Mashiel Alina Huaripuma Loza

A pesar de mis temores, pretendí armarme de valor y viajar al pueblo que albergó mis peores terrores nocturnos durante mi niñez. El pueblo estaba en el punto medio de la civilización y la precariedad de lo esotérico y lo arcano. Ahí nací pero que por suerte me fui a la edad de ocho años.

Mientras viajaba y observaba a través de la ventana húmeda por el frio, empecé a recordar las añosas historias que contaban mis padres de aquel pueblo y el miedo hacía que la piloerección posea todo mi cuerpo. Busqué la mirada de mi acompañante que profundamente dormía. En esos instantes deseaba poseer su sosiego, puesto que yo no podía ni pestañear por temor a dormir y soñar con lo no deseado. Las horas transcurrían, la carretera se hacia más curveada, el frío entraba por los esquimales de la ventana y yo trataba de leer una historieta cómica que no me hacía gracia.

Siendo aún de madrugada llegamos al pueblo; así que mi acompañante y yo decidimos quedarnos en la estación hasta que amaneciera por temor a

que nos robaran, pero él no sabía que mi temor era otro, así que apoye su decisión. Ya sintiéndome más segura por las luces de la estación, el bullicio de los pasajeros y el canto de los gallos; cerré los ojos.

Siendo las seis de la mañana, salimos en busca de un hotel, pero mi acompañante enfatizó que nos quedaríamos en casa de sus tíos, yo me negué rotundamente pues no quería incomodar, además se suponía que habíamos elegido este pueblo porque queríamos un lugar alejado de la colectividad para poder escribir el libro que tanto aspirábamos a publicar. Aunque mostré mis argumentos con enfado, mi petición fue rechazada. Tomamos un microbús hasta la residencia de su tío Nolberto, observé que nos alejábamos de la plaza del pueblo y nos adentrábamos a las lomas. Mi ira iba disminuyendo hasta que el miedo se apoderó nuevamente de mi ser, pues este ambiente me hacía recordar a la zona donde crecí. Empecé a sentir mucho frío a pesar del sol de las montañas. Mis manos sudorosas tocaban mis piernas temblantes. Di tres respiraciones profundas para disimular mi temor y me aventuré a esta travesía, sabiendo que el miedo que me ocasionaba este pueblo podría inspirarme para escribir una digna novela de terror. Y así fue.

Llegamos a la casa de sus tíos; su tío Nolberto era una persona retraída, pero de mirada penetrante y su tía Alida, una persona verborreica y cizañosa. Nos dieron una habitación rústica, con una rechinante puerta color cobrizo que te hacía exasperar de incomodidad.

Llegó la hora del almuerzo, y nos sentamos a compartir la densa sopa que cocinó la señora Alida que, por cierto, no dejaba de parlotear, hasta que inesperadamente llegamos a un punto de la conversación que me paralizó estando con el cubierto en la boca. La señora Alida nos empezó a decir con precaución que no saliéramos a altas horas de la noche, puesto que algo inquietantemente terrible podría matarnos de un simple susto. Cuando estaba a punto de relatar el por qué nos podría suceder esto, su esposo Nolberto la interrumpió incesantemente diciendo que no contara leyendas fútiles.

Han pasado tres días desde que llegamos; cada vez que escribíamos, sentía que no avanzábamos, pues apenas teníamos la idea en concepción, nos faltaba inspiración. Como regalo espectral, la noche me dio un gran motivo para escribir, ya que me enfundaría en la utopía del temor andino.

Esa noche dormí temprano, estaba exhausta ya que habíamos ido al huerto a recoger verduras para la merienda. Me levanté de madrugada muy sedienta, presioné el interruptor y esta no encendía. Tomé la linterna de mi morral para dirigirme a la cocina, y noté que todas las habitaciones estaban sin iluminación. ¿Qué está pasando?, pensé.

Alumbré con mi linterna una fotografía que captó mi atención, en ella habían unos niños vestidos con traje de luto y en la parte inferior de la foto un pequeño escrito decía: "Recordatorio del fallecimiento de Olinda Cáceres, madre de Nolberto y Alida Cáceres". Mientras observaba sorprendida la foto; un extraño grito jadeante combinado con el sonido lúgubre de varios animales paralizó mi cuerpo. Empecé a sentir como mis músculos se tensaban, como mi respiración se agitaba y el sudor humedecía mi frente. Luego de unos segundos, corrí aprisa hasta mi habitación para levantar a mi acompañante, pero no estaba. Corrí hacia la habitación de Nolberto y Alida, tampoco estaban.

Mi corazón latía como animal arisco, era una frase típica de mi madre y al evocarla rememoré sus historias llenándome de pánico. Escuchaba aquel grito alejándose más, y según mi madre si el grito

se escucha lejos es porque está cerca. Volví a mi habitación, agarré un espejo de mano como escudo y me senté con la linterna alumbrando hacia la puerta. Entonces, recordé una vieja canción que cantaba mi madre que me ocasionaba pesadillas de niña, esta canción relata la historia de un demonio que acechaba los andes de la sierra. ¿Es acaso este demonio el que desequilibra mi mente?

Dios castiga el pecado del incesto, decía mi madre, que había visto a sus primos teniendo relaciones sexuales, y este castigo se personificaba en un demonio representado por un animal, que escupe y paraliza tu cuerpo dejándote inmóvil listo para atacar y robar tu alma. Estos recuerdos hacían que misteriosamente recordara una presencia maligna, con el rostro inefablemente repugnante, con la ancha boca repleta de sangre, con los ojos rojizos como llamas del infierno, era una criatura teriomorfa, que hacía entrar en pánico a cualquiera. El grito de este demonio se fue haciendo más lejano, haciendo que mis sensaciones sean indescriptibles.

¡Estoy en la boca del lobo!, exclamé al recordar la foto.

De pronto, un inesperado golpe hizo que la puerta se abriera bruscamente, dejando entrar los primeros rayos de luz y con ellos a mi acompañante. Débil, casi entumecido, dejó ver su rostro pavoroso desplomándose en el piso exhalando su último aliento. Luego una extraña penumbra albergó la habitación combinado con un frío intenso que recorrió mi espina dorsal. Los tíos entraron temblorosos, desnudos y atestados de sangre retumbándose en el piso, inertes, sin dar explicación.

Lilith

Miguel Zea

Ahora mismo no sabría explicarles con exactitud qué es lo me está sucediendo, pero voy a aprovechar este transitorio momento de lucidez para escribirles un breviario de los últimos meses de mi vida, para su juicio y censura, puesto que yo ya he declinado a encontrarle explicación lógica a estos extraños acontecimientos.

Me aflige la urgencia de informarles lo más que pueda porque no estoy seguro de cuánto durará este claro en mi mente. No quisiera desperdiciar palabras narrando nimiedades, pero es que hablar de Lilith supondría tomarme más tiempo del que tengo. Les confieso que lo haría, y podría perder todo lo que me resta en contarles cada detalle, pero ante la premura prefiero enfocarme solo en lo realmente importante. Se veía joven, podría calcularle treinta años. Tenía un extraño aspecto rudo, pero a la vez sensible y delicado. Su semblante frío se entibiaba con un pequeño desliz en las comisuras puntiagudas de sus delgados labios. Ojos lóbregos como dos pozos profundos que se convertían en alegres corrientes de agua cristalina

cuando esbozaba una minúscula sonrisa. Había una sensualidad huidiza oculta en esa coraza de delicada frialdad; Lilith era como un fino cofre de mármol negro. Realzaba su espigado porte el cabello oscuro, largo y liso que se desplegaba hasta circundar su cintura. La piel pálida como la muerte y facciones sumamente delicadas como guardando los gestos sólo para ocasiones oportunas. Tenía una expresión neutra en el rostro que me dejaba todo el tiempo sumido en la incertidumbre de qué estaría sintiendo o pensando.

Me detendré aquí un momento porque creo que estoy siendo injusto con la otra faceta de Lilith… ella era fuego. Por dentro, ríos de lava recorrían su espíritu, era apasionada, amorosa, carnal, sensual, atrevida y la lujuria gobernaba los rincones más profundos de su existencia. Levantaba maliciosamente la ceja izquierda y torcía la boca dibujando una sonrisa que, a mí, me dejaba indefenso en un incendio interno de enormes magnitudes. Su piel, con la suavidad del marfil, contorneaba las más sinuosas curvas en su anatomía. Esa mezcla de ángel y demonio; era una completa perfección.

Claramente me gustaba, y así, luego de algunos pocos días, iniciamos una relación amorosa que a decir verdad, fue apresurada por ella misma.

No pasó ni una semana cuando me sorprendió con el requerimiento de retirarnos a vivir juntos en la vieja casona que heredé siendo el único hijo tras la muerte de mis padres. Accedí a su petición porque verla en ese particular júbilo me contentaba. Embaló sus pertenencias y se instaló de inmediato en mi hogar que ahora también era suyo. Yo casi cumplía 30 años y ella supo llenar mi necesidad de emparejarme con el calor de su fría compañía.

Ya en plena convivencia, me percaté que Lilith era sumamente apasionada en nuestros encuentros sexuales; siempre intensos y prolongados hasta llegar a un agotamiento total, quedándome a menudo completamente sin energía. Nos envolvíamos como bestias furiosas dispuestas a procrear. Las ropas desgarradas. Los susurros se convertían en gemidos. Las caricias eran rasguños de fieras y los besos, mordidas que laceraban mi piel. Cual animales enjaulados embestíamos nuestros cuerpos sin haber nada que nos detuviera. La fuerza con la que Lilith presionaba mis muñecas contra la cama no pertenecía a

su delicado cuerpo, y colocada encima de mí, se movía dando ritmo a sus caderas, dejando caer sus largos cabellos sobre mi rostro sometido. Sus ojos negros como la misma noche, sus labios fríos y sus dientes afilados dominaban mi tembloroso cuerpo. Esa era Lilith, haciéndome el amor como si me odiara; y yo desprotegido, ahogado en esa marea inmensa que venía de ambos como una explosión inevitable de vida y muerte. Hablar sobre Lilith es un remolino del cual es imposible salir, sin embargo, debo retomar este relato.

Ella lo disfrutaba al punto del exceso, y confieso que también yo; pero como era de esperarse las consecuencias comenzaron a hacerse evidentes. Al poco tiempo empecé a sentirme crónicamente agotado, sin fuerzas, avejentado. Me costaba recuperar las energías luego de nuestras faenas sexuales. Empezaron a presentarse algunos problemas de salud conmigo, que, a decir verdad, me parecieron diagnósticos extraños en relación a mi edad. ¿Reumatismo a los veintinueve años? ¿Osteoporosis, hipertensión, Parkinson y problemas de memoria a esta edad sin antecedentes familiares de ningún tipo?… ¡Vaya sorpresa! Era todo un diccionario de enfermedades geriátricas.

Mientras tanto, mes a mes, Lilith se veía con más vitalidad, risueña y cada día más hermosa.

En este punto se me hace muy difícil escribirles más sobre cómo continuó mi vida con Lilith porque he empezado a divagar entre mis memorias y fantasías. Ya no distingo bien qué es auténtico y qué pertenece al mundo de mi imaginación. Debo apresurarme en informarles que hace unos días he sido diagnosticado con Alzheimer, casi no puedo moverme por la artritis reumatoide, y estoy postrado en la cama con el cabello cano y la piel arrugada a puertas de cumplir treinta. Pierdo la consciencia la mayor parte del día y los pocos momentos de lucidez que tengo los utilizo para preguntar dónde está Lilith, no sé qué pasó con ella.

Veo con sospecha a la joven nodriza que ha tenido a bien acompañarme estos días. No creo que pase los veinte años, sin embargo, a pesar de su corta edad, debo confiar en sus cuidados. Creo que ella sabe algo de Lilith. Se lo he preguntado y no responde mi interpelación. A ratos la descubro observándome, sonriendo maliciosamente con la boca torcida y la ceja izquierda levantada. Supongo que me esconde algo, pero no logro

descifrar qué, porque tiene una expresión tan neutra en el rostro que me deja sumido en la incertidumbre de qué estará sintiendo o pensando.

Ahora mismo no sabría explicarles con exactitud qué es lo me está sucediendo, pero voy a aprovechar este transitorio momento de lucidez para contarles que la joven enfermera que me cuida, empieza a quitarse la ropa y se acerca desnuda con intenciones sexuales hacia mí.

Experiencia irreversible

Norman Alastor

Ese fatídico día estuve celebrando el cumpleaños de mi enamorada en compañía de mis mejores amigos. Por la efusividad del momento, no me percaté de la hora hasta que todo acabó. Eran las tres de la madrugada o algunos minutos más, ya todos los invitados se habían ido y solo quedaba mi pareja recogiendo vasos y platos. Me despedí de ella y caminé a la estación del metro, sin prisa pero sin pausa. Agradecí la decisión de mudarme de Lima a Nueva York pues aquí el metro funciona las veinticuatro horas del día. Y en ocasiones como esta me es muy útil.

Al llegar, como era lógico, no hubo nadie en los andenes. No esperé más de cinco minutos cuando llegó el metro y al entrar miré la hora: tres y media de la madrugada. Definitivamente iba a tener una larga siesta al llegar a casa. En el vagón donde subí, había tres sujetos con actitud burlona conversando entre sí. Yo no estaba borracho pero si había bebido regular, me sentía cansado y tenía sueño, así que opté por pasarme al

siguiente vagón. Al darles la espalda y avanzar, sentí que me siguieron con la mirada pues hubo un silencio total.

Cuando llegué al siguiente vagón no había nadie. Me senté y cruzando los brazos hice un esfuerzo por no cerrar los ojos y quedarme dormido. El viaje debía durar veinte minutos como máximo. Ignoro si me quedé dormido un minuto o una hora.

No estoy seguro si lo soñé o fue real pero un grito me hizo despertar del letargo en el que estuve. Me levanté y quise mirar el vagón donde me topé con los tres sujetos pero apenas eché un vistazo cuando las luces de esa área se apagaron y quedó sumergida en una oscuridad plena, solo podía divisar sombras indefinibles.

No escuché ni vi nada más, pero una sensación de escalofríos recorrió mi espina dorsal como advirtiéndome que no debía esperar otra señal para huir de ahí. Y entonces corrí rumbo al siguiente vagón. Apenas crucé la puerta e ingresé al siguiente noté de reojo que las luces se iban apagando. Entonces sin ninguna clase de titubeo aumenté la velocidad y no volteé la mirada en

ningún momento, aun así me percaté que vagón tras vagón las luces se interrumpían para dar paso a la perturbadora oscuridad.

Cuando llegué al último de todos los vagones temí por mi suerte, los efectos del alcohol desaparecieron de forma instantánea y un terror indecible se apoderó de todo mi cuerpo. El metro todavía no llegaba a su destino y el vagón en donde me encontraba también terminó por quedarse en tinieblas.

Esos segundos, cuando lo vi, me parecieron eternos. Solo pude visualizar un par de ojos rojos pero créanme era suficiente. La sola presencia y cercanía de este ser (no se me ocurre otra expresión para referirme a eso) me aterraba a niveles que ni en mis peores pesadillas infantiles había experimentado. Las piernas me temblaban sin disimulo y el corazón me latía tan desesperadamente que creí que un infarto fulminante me acabaría primero.

El ser de los ojos rojos avanzó (o eso me parecía porque sentí los ojos más cerca de mí) y cuando estuvo lo suficientemente cerca como para sentir incluso su aliento, algo parecido a una garra penetró mi pecho. El metro llegó a la próxima estación y sus puertas se abrieron solo para que mi cuerpo cayera en el andén, sin reacción.

Horas más tarde, según yo, desperté en la cama de un hospital. Una enfermera con una sonrisa angelical me dio los buenos días y con mucha alegría llamó al doctor por el intercomunicador anunciado mi despertar. Yo aún estaba reconociendo el lugar y circunstancias en el que me hallaba cuando las terribles memorias invadieron mi mente como una reminiscencia indeseada. Me palpé el pecho con angustia pero quedé al instante sorprendido al no encontrar ninguna marca del ataque mortal que había recibido en el metro.

—¿Cómo se siente? ¿Desea algo?

—¿Cómo me encontraron? ¿Por qué motivo estoy hospitalizado?

—Lo encontramos inconsciente en el andén de la estación Broadway hace cuatro días. Se le detectó un alto porcentaje de alcohol en la sangre por lo que se diagnosticó un coma etílico. Pensamos que no iba a despertar en varios días más porque no había ninguna reacción en su organismo más que las funciones vitales. El doctor también se ha sorprendido cuando se lo comuniqué.

—¿Qué pasó con la herida en mi pecho? ¿Cómo pudieron curarla sin dejar ninguna cicatriz?

—¿Herida? No se le encontró ninguna señal de daño o lesión en el cuerpo. Entiendo su confusión porque acaba de despertar. Si cree recordar alguna otra cosa debe ser producto del shock.

Dicho esto la enfermera se retiró dejándome más confundido de lo que ya estaba. ¿Cuatro días? ¿Estación Broadway? Eso estaba a diez estaciones de mi casa. ¿Y la herida del pecho? Aún conservaba en mi memoria la sensación de extremo dolor provocada por el ser desconocido. Pero no había ningún rastro físico de ello.

Pero no quedé exento de secuelas. Todos los días alrededor de las tres y media de la madrugada un fuerte dolor de pecho me despierta brusca y dolorosamente y ya no puedo volverme a dormir. Eso ha afectado tanto mi humor como mis interacciones laborales y sociales.

¿Quién me atacó? ¿Por qué no tengo ni una sola herida? ¿Algún día se terminarán estos episodios de madrugada? Lo más probable es que nunca haya respuestas para tales preguntas.

El saludo

Renzo L.

Es una tarde acogedora. El sol está moderado. Por el patio, se asoman ligeros rayos de luz que combinan bien con lo templado del clima. Para mí, perfecto para una pichanga con los amigos del barrio. Pero, no. Aquí estoy. En la casa de mi abuela, frente al monitor de la computadora, a punto de iniciar un trabajo de investigación. Ya es mi último año en el colegio y los trabajos apremian. Es la vida del estudiante, ¿no? Primero, los deberes; luego, la diversión. Miro el reloj. Son las 4 p.m. y ya dimensioné que tengo para rato. Un buen rato leyendo y escribiendo sobre la Guerra del Pacífico.

Mi mamá salió junto a mi abuela para hacer unas compras de última hora. Promete volver hacia las 8 p.m. Tiempo suficiente para terminar y que podamos volver a nuestra casa. La soledad me permitirá avanzar más rápido, espero. Manos a la obra. Cuando me concentro, pierdo la noción del tiempo. Sin darme cuenta, ahora las luces del sol son inexistentes. La oscuridad avanza por cada rincón de la habitación hasta que la única fuente de luz proviene de la

computadora. En el patio, casi todo está oscuro, salvo por algunos lugares en donde llega la luz natural de la noche.

Ya me falta poco para terminar. Mis ojos se acostumbran rápidamente a la oscuridad. En otro contexto, tal vez sentiría miedo de estar sumido en tal lobreguez. Me ha pasado antes. Incluso, algunas noches, duermo con la luz prendida. No es que sea la persona más valiente de este mundo; pero, si lo pienso, qué podría pasar en el lugar que también es mi hogar. Realmente, estoy concentrado. Quiero terminar pronto; así que la oscuridad, por esta vez, no es problema. Continúo con el trabajo. Nunca antes se escribió sobre el problema limítrofe y los impacto de la guerra como lo estoy haciendo. Se los puedo asegurar.

De pronto, un sonido metálico interrumpe mis avances. A lo lejos, escucho el tintineo de unas llaves, seguido del sonido inconfundible de una puerta que se abre. No estoy seguro si la llegaron a cerrar. Lo que sí es cierto es que alguien llegó. Se escuchan unos pasos por el largo pasadizo que conecta la entrada con el patio y la habitación en la que me encuentro, al fondo de la casa. Son casi las 7:30 p.m. Un poco antes para que mi mamá y mi

abuela estén de vuelta. Además, por las pisadas, estoy casi seguro que es una sola persona. Estoy a la expectativa, observando la puerta de entrada al patio. Ahora todo está completamente oscuro; así que, por más que me esfuerce, no logro ver nada. Mientras me levanto a prender la luz, escucho una voz a mis espaldas. Sea quien sea, ya llegó al patio.

"Hola, Renzito", dijo con cariño. Aunque me resulta familiar, no puedo evitar estremecerme. Es una voz alegre, como la de quien ve a alguien después de tiempo. Suena apurado y aunque parece lejano, fue lo suficientemente clara para saber que alguien me saludaba. Me doy la vuelta en el acto. No puedo verlo con claridad, pero creo que es mi tío E. Instintivamente, le devuelvo el saludo. Silencio. Luego, logro ver cómo su sombra se pierde rápidamente por el camino que da hacia la sala. Tan rápido como a quien se le va la vida en el proceso. Muy raro. Supongo que tenía cosas que hacer o, tal vez, solo quería ir a su cuarto a descansar. Ya saben, así suelen ser los adultos. Siempre apurados. En lo que a mí respecta, me toca serlo ahora para terminar. Intento volver a concentrarme. Avanzo lo más rápido que puedo, ahora sí con la luz prendida.

Unos minutos después de las 8 p.m., por fin, mi mamá y mi abuela llegaron. Las ayudo con sus bolsas, mientras les pregunto cómo les fue. Me cuentan que vieron y lograron comprar varias cosas. Mi abuela, finalmente, pregunta si ya había llegado alguien. Le digo que mi tío E. regresó a casa hace como media hora. Se excusa con nosotros y va en su encuentro. Continúo conversando con mi mamá, cuando otra vez suena la puerta. Alguien está entrando. Escucho las mismas pisadas y noto como el visitante se detiene en el umbral de la puerta que da al patio.

Me asomo curioso para ver quién es y ahí, tomando un respiro, lo veo. Agitado, un poco redoblado, levanta la vista. Tiene una gran sonrisa en el rostro, supongo reforzada por mi cara de sorpresa. Es mi tío E., quien acaba de llegar. Me ofrece una mirada cómplice y pronuncia las mismas palabras que escuché hace unos minutos:

"Hola, Renzito".



Serie
TALLERES VIRTUALES

ISBN: 978-612-4395-20-8